

DAVID MORALES BELLO  
Homenaje a Leonardo Ruiz Pineda

---

En San Cristóbal – estado Táchira el 21 de octubre de 1965, dijo  
Carlos Andrés Pérez

**Y** sea propicia esta hora en que conmemoramos aquélla de 1952 —la patria unida en un solo haz, conmovida por el dolor de la tragedia— para convocar a la Venezuela de la buena voluntad a la obra de la construcción nacional que se adelanta. Responsabilidad común del gobierno y de la oposición. De todos los sectores nacionales que son parte de esta ancha democracia plural que crece y se nutre de las mejores esperanzas de engrandecimiento colectivo. Con atrevimiento y audacia modifiquemos el curso de la historia.

Hace un año, entró en circulación un folleto en el cual quise reunir escritos míos publicados en diferentes oportunidades con el propósito de contribuir a la difusión de las características personales, de la valía intelectual y de las extraordinarias virtudes de hombre y de conductor político que se personifican en Leonardo Ruiz Pineda. Ahora, en octubre de 1975, y al cumplirse un aniversario más de su muerte, publiqué un nuevo trabajo periodístico intitulado “El Valor Humano de Leonardo”, y como aquella primera edición se agotó con explicable rapidez, resolví poner en circulación esta segunda entrega, robusteciéndola con una pieza de extraordinario significado filosófico y político, producida por el propio Leonardo en el Paraninfo de nuestra Universidad central el día de su egreso como Doctor en Ciencias Políticas y Sociales. También he añadido un poema que escribí en octubre de 1958 y que había mantenido inédito hasta este momento, cuando, atendiendo sugerencia de persona amiga, me decidí a incluirlo en este *Homenaje a Leonardo*, pues, en realidad, la invocación de su memoria fue motivo impulsor de aquellas *Gotas de Pensamiento* consignadas en el papel sin la menor sospecha de que pudiesen trascender alguna vez al conocimiento de los demás.

Valga este paso como un eslabón más de la inquebrantable presencia de quien fuera, por encima de todo, el amigo ejemplificador de la rectitud y del comportamiento sin esguinces.

Caracas, octubre de 1975

David Morales Bello

# El valor humano de Leonardo Ruiz Pineda

---

**David Morales Bello**

El planteamiento hecho por una profesional de los medios de comunicación social, en momentos cuando la Dirección Nacional de Acción Democrática se reunía en el lugar que guarda los restos mortales de Leonardo Ruiz Pineda, Antonio Pinto Salinas y Segundo Espinoza, para rendir homenaje a los mártires de la resistencia frente a la dictadura que azotó al país hasta el 23 de enero de 1958, hizo presente una advertencia merecedora de toda atención: los dirigentes de edad madura deberían hablarle más a la juventud acerca de quién fue Leonardo Ruiz Pineda, en cuya figura egregia se personifica el reconocimiento de la Venezuela Democrática para quienes, arriesgándolo todo, se opusieron a la barbarie hecha gobierno y ofrendaron sus vidas en holocausto a la libertad.

Razonable observación, porque, por mucho que se haya dicho en el transcurso de los 23 años que ahora se cumplen de su asesinato, fue tanta su significación como máximo dirigente de la lucha clandestina, librada en el país para rescatarlo del sometimiento dictatorialista, que todo lo expresado —de palabra o por escrito— luce corto en comparación con la grandeza de cuanto concibió, realizó e impulsó como artífice auténtico de la consolidación democrática plasmada en realidad seis años después de su ausencia.

Joven en edad y dotado de una inteligencia privilegiada, las características esenciales de Leonardo, para el momento de su actuación cumbre en el campo de la resistencia, fueron su sosegante —por sosegada— condición humana; el temperamento pacífico que le brotaba por los poros; la templada suavidad que se advertía en su rostro y que lo proyectaba, con aparejamiento de una voz nacida para la persuasión, como el ser llano que le gustaba ser y como el recio conductor que nadie se negaba a reconocer en él.

Eclipsada la época de la plaza pública, trocó sus condiciones innatas de orador preciso y convincente por la labor callada que le imponía su desenvolvimiento en la clandestinidad, creciéndose como analista —nunca decaído— de los sucesos que desencadenaba la existencia del régimen despótico al cual dio frente sin pérdida de la serenidad.

Sin inclinación hacia el aventurerismo, penetró a conciencia por los más empinados caminos conducentes a la victoria popular. Creyó tanto en las posibilidades del ser humano dotado de racionalidad, que jamás se lo vio despersonificado por la ira ni doblegado por el embate de los dispuestos a arrasar. Si de alguien se puede decir que vivió inteligentemente, con significación de que jamás se deshumanizó, es de Leonardo Ruiz Pineda. Su capacidad de comprensión, su ánimo amistoso y su disposición a respetar el modo de ser de cada cual. Sin cohonestar transgresiones a la ética, lo condujo a un lugar de distinción, desde donde nunca maltrató a sus relacionados, conquistando para sí la entrega de lealtades que espiritualmente lo acompaña sin merma causada por la carcoma del tiempo. No se dejó tentar por el afán de Poder ni buscó la Jefatura haciendo de los amigos sus vasallos. Su devoción por la lectura revelaba que la autosuficiencia no era su debilidad.

Al cumplirse este nuevo luctuoso aniversario, correspondiente al 21 de octubre de 1975, en un mensaje para la juventud venezolana, relacionado con Leonardo Ruiz Pineda, no puede omitirse la referencia a su profunda devoción por el cultivo de la buena lid; a su no recurrencia a la detracción; a su no prevalecimiento de la posición alcanzada para dañar caprichosamente a los demás; a su discurrir en términos de autenticidad, sin arrebatos y sin dejarse arrastrar por los ímpetus de la soberbia; a su justiciera valoración de los hechos, personajes y circunstancias que, de alguna manera, guardaban relación con su pacífica existencia; a su natural rechazo por cuanto pudiese significar valimiento de la especie calumniosa, aprovechamiento de la tendencia ajena a solazarse con el perjuicio gratuito a los demás. Todo un conjunto de virtudes que pareciesen corresponder a un ser sobrenatural o a un ser humano elevado por encima de la casi totalidad de sus semejantes. Pero, ciertamente, el compendio de una personalidad desarrollada sin el auxilio negativo del odio y sin la oxidación de los rencores por la envidia o por los complejos de cualquier orden. Quizás, un idealista, pero del tipo templado que nos muestra

Platón, con aptitud para llevar sobre la realidad sensible las cosas que pudiesen desviarlo de su recta manera de proceder; además de que fue un buen soldado a la orden del deber que le imponía su condición de ciudadano amante de la libertad.

Sería absurdo pintar a Leonardo como un santo varón o como un asceta. Fue, simplemente un virtuoso de las relaciones humanas, un cultor de la amistad, un dirigente dotado de templanza excepcional; *un hombre* —no excepto del error— cuyas ejecutorias le procuraron en vida el reconocimiento que el tiempo jamás borrará.

Contrariamente a quienes piensan que la elevación política impone la deshumanización, Leonardo Ruiz Pineda fue ejemplo de grandeza mantenida sin quebrantar el don de gente con que debió nacer.

De muy pocos puede decirse todo esto.

Caracas, 21 de octubre de 1975

En octubre de 1958 quedó sobre un papel cualquiera, sin pretensiones trascendentes, el haz de reflexiones que a renglón seguido se incorpora a este folleto dedicado a Leonardo. La sugerencia de la incorporación partió de un amigo que ha hecho culto de su admiración por aquél que fue nuestro gran conductor en horas aciagas para la democracia venezolana. Son frases consignadas sin hilván con el tiempo, espontáneas, dictadas por la mente inspirada en una realidad toda llena de ideales. No es la expresión lírica de un poeta, pero sí el pensamiento reflexivo de un hombre que no se avergüenza de su espiritualidad. Aquí queda para ser comprendido.

Octubre de 1975

### **GOTAS DE PENSAMIENTO**

Color de rostro nuevo  
Mirada sin temores  
Saludos matutinos  
sin odios ni rencores  
Pensando en el olvido  
escribimos la historia  
Vivir es poco ahora  
Buscamos existencia.

Sobre las cumbres  
O al doblar el camino  
las miradas sin ojos  
Nos alumbran el reto.

Vendrá el mañana pronto  
con su trillar distinto  
Seremos cada uno  
con sus pros y sus contras.

El dedo de la culpa girará con la tierra  
Ilusos los que piensen en la vida por siempre

¿Tormentas? ¡Todas pasan!  
Ya veremos del tiempo  
los frutos desprendidos  
Y en un rincón del día  
del año de la vida  
nos llevará el recuerdo  
hasta el amigo ido.

Es el ciclo inclemente  
de la humana existencia  
Tras el fruto la rama  
Tras la rama en el surco  
la simiente dormida  
dando vida a la vida.

**M**uchachos hay, que al recibir su título son ya esperanzas seguras para el país y que, luego de voltear la espalda a sus ofrecimientos de antes, apenas tienen el gesto despectivo de mirar por sobre sus hombros al pueblo. Son los Espejismos del Trópico de que ha hablado ese gran maestro que es Rómulo Gallegos; Espejismos del Trópico que pondrán luego sordina a su propia palabra, cuando llega la hora de la renuncia, prestos a cumplir la traición contra sí mismos, en la más triste actuación que pueda caberle a un hombre...

## Discurso de Leonardo Ruiz Pineda al doctorarse en la Universidad Central de Venezuela

---

(Octubre de 1941)

Ciudadano Rector y demás autoridades universitarias

Señoras y Señores

Compañeros de la Universidad

Cuando se llega a esta tribuna vienen con nosotros las mejores esperanzas, soldadas a una intensa emoción, bajo el duro golpe de la sangre y del pensamiento; nos arrastra la marea ardiente del entusiasmo y somos pródigos en imposibles promesas, pactando ante compañeros y extraños el cumplimiento de una tarea post universitaria, de dignificación profesional y de honestidad ciudadana. Y aquí quedan, entonces, las palabras hermosas, la voz empeñada y el esfuerzo prometido que vientos turbios de la vida troncharán después.

No traigo ni imposibles promesas ni palabras hermosas; apenas la glosa irrenunciable para este momento emocional de mi vida, fecundo en aspiraciones, cruzando por cien caminos de satisfacción y optimismo.

Desde aquí se ha hecho, repetidamente, afirmación sobre el decoro y lealtad profesionales. Brigadas juveniles que han transitado esta tribuna con han ofrecido generosos esfuerzos para su vida extra universitaria, llevados —más de las veces— por ese impulso tremendo que sacude la sangre moza.

Muchachos hay que al recibir su título son ya esperanzas seguras para el país y que, luego de voltear la espalda a sus ofrecimientos de antes, apenas tienen el gesto despectivo de mirar por sobre sus hombros al pueblo. Son los Espejismos del Trópico de que ha hablado ese gran maestro que es Rómulo Gallegos; Espejismos del Trópico que pondrán luego sordina a su propia palabra, cuando llega la hora de la renuncia, prestos a cumplir la traición contra sí mismos, en la más triste actuación que pueda caberle a un hombre.

La mayoría de esos egresados de la Universidad piensan en médicos, en ingenieros, en abogados y van como espectadores indiferentes a presenciar la vida de un pueblo que no acierta con su propia conciencia y espera la palabra de auxilio de sus hombres de pensamiento. Realizan con mayor o menor buena fe, el asalto profesional y adoptan frente a los problemas sociales una cómoda actitud de ensimismamiento. Se llaman “neutrales”, y cuando se ubican políticamente lo hacen guiados por mezquinos intereses de lucro personal. Por eso, la casi totalidad de los profesionales venezolanos está dividida, políticamente, en dos fracciones: una, la más numerosa, constituida por quienes hacen de su profesión la muralla china, cerrados los ojos y los oídos, egoístamente, el duro clamor de reformas que emerge de lo profundo de la conciencia nacional; y la otra, integrada por quienes ponen la ciencia adquirida en la Universidad, deformándola y adecuándola a imperativos oportunistas, al servicio de las peores causas, en barricadas alzadas contra sus compañeros de ayer. Mientras tanto, ese pueblo ansioso de trajinar la ruta de la transformación progresista del país —ruta que encontró por propio instinto— está reclamando la cooperación de conductores inteligentes y honestos. La Universidad no se los aporta, sino en mínima proporción, no obstante que si este centro docente existe y su presupuesto se cubre regularmente, es porque la colectividad, deseosa de ayuda honrada ha sufragado gravosos impuestos al Fisco de la República.

Frente a este tipo de profesional indiferente ante al destino nacional, o que enajenó su título doctoral y su inteligencia a las peores causas, necesita generalizarse otro tipo de profesional, del cual hay anticipos señeros y valiosos en toda la República. El profesional que en este choque de intereses, agudamente planteado, entre las empresas extranjeras dominadoras de nuestra economía y la nación, defienda los intereses nacionales y no las adventicias

ambiciosas de los trusts de ultramar. El profesional que en esta lucha mundial, surgida en forma de duelo a muerte entre democracia y fascismo, se haga un sitio de lucha en la enorme falange mundial, empeñada en impedir el triunfo de la concepción totalitaria del Estado, de la economía, de la vida.

De allí pues que se halle vigente aún la frase de Cecilio Acosta trajinada a diario —de la Universidad “fábrica de profesionales, y que en algunas de sus Facultades, especialmente en la de Derecho, se actúe como si la máquina del tiempo de que habla Wells se hubiera detenido en la Colonia. Se preparan aún abogados como para actuar en una Venezuela del siglo XVIII, donde el litigio por deslinde de tierra era la ocupación casi única del abogado, y no para una Venezuela de este siglo. Asombra constatar el escaso interés asignado a los estudios de Derecho Minero en un país que figura en los mapas económicos mundiales con el rango de tercer productor de petróleo y de primer exportador. Esto, cuando el país necesita formar un equipo de abogados expertos en tal materia, aptos para darle respaldo jurídico eficaz a la impostergable acción nacionalista de rescate progresivo de las fuentes de producción petrolíferas, que a manos venezolanas deben regresar como premisa urgente en esta labor en pro de la independencia económica, y en consecuencia, de la autonomía real para nuestra vida pública. No puede ignorarse la especial significación de abogados así formados, bajo el auspicio de una mentalidad progresista, de reivindicación patria, preocupados por la obtención de esta nueva independencia que nos libre en lo económico del contralor extranjero. Siguiendo este camino de ideas, sorprende observar, también, cómo en un país que va pasando lentamente de la etapa del feudalismo agrario a la de la organización de tipo manufacturero e industrial no se asigne en la Facultad de Derecho importancia, en la medida en que la tiene, a una novísima rama de la ciencia jurídica: el Derecho Industrial.

Y es que la Universidad a espaldas del pueblo, obstaculiza la incorporación de éste a aquélla por factores diversos que lo aprisionan, no ha sido hasta ahora, ni podrá serlo aún, si antes no se rompen tales amarras, el reflejo de la necesidad venezolana. Determinantes sociales no ignoradas regulan la función de este Instituto de preparación unilateral, abiertas sus puertas sólo para el estudiante de holgada condición económica, lejos del acceso popular,

distanciada de quienes integran esa densa reserva que milita en las últimas filas humanas.

Cuando me he referido a la necesidad de generalizar un tipo de profesional honesto, avizor ante los problemas cruciales de la Nacionalidad, preocupados por el destino del país, no estoy propugnando la abierta actuación política para los profesionales venezolanos; pero sí el alistamiento de los mismos en las filas de decorosa solvencia. Duele aceptar cómo ya no hay crédito de confianza para el abogado, en esta tierra donde la Ley se ha convertido en sinónimo de enemistad popular, de argucia mal confeccionada, de falacia y torpe engaño. Acá en esta tierra se nombra la Ley y a los ojos de la colectividad asciende un frío temor de angustia y desesperanza justificado día a día por una experiencia que hemos vivido entre las prácticas combinadas de Mujiquita y Pernaleta. Pero ya es hora de reivindicar nuestra profesión, deslastrada de cuanto de odioso y artera hay en ella y convertirla en grata panacea, voz de aliento y de esperanza sincera. Por realista y elocuente me complazco en reproducir la reflexión que se hiciera un compañero de la Universidad al apreciar la tarde de grado en que recibían sus títulos, médicos, abogados e ingenieros. Para mi compañero era un alivio social la presencia de nuevos médicos en la actividad venezolana, e igualmente la del ingeniero, pero hacía un comentario significativo y sospechoso cuando quiso calificar al abogado: ¡un abogado más en el país! —se lamentaba mi compañero— donde muchos de los males son creación del profesional del Derecho. Y tal reflexión no es sólo el pensamiento de un hombre de la Universidad, lo hace el hombre de la calle en tono más mordaz y desnudo, salpicado de fina suspicacia y temor.

Todo esto valida aún más la necesidad de que el profesional del Derecho no se ciña adustamente su hostil cinturón de Códigos y haga tabla. No quiero cancelar mi disertación sin antes decir mi obligada palabra sobre un punto que considero irrenunciable. Mi condición personal de hombre de Los Andes me obliga a detenerme en torno a esa falsa bandera de divisiones regionales que manos suicidas han pretendido izar entre vientos de rencor y de odio. Mentees interesadas han utilizado la socorrida tesis de andinismo y del antiandinismo como argumento para alzar vallas entre la familia venezolana. Audaz tarea es

ésta, cumplida por quienes al servicio de una consigna antinacional, aspiran a quebrantar la unidad venezolana como fórmula propicia para imponer sus designios. Mas, esta falsa tesis de hombre de la montaña y hombre del Centro no puede merecer beligerancia por parte de los sectores responsables del país, empeñados ahora más que nunca, en la integración de sus fuerzas. Regreso a mi tierra convencido íntimamente de la cordialidad de este pueblo, donde dejo mis mejores amigos, obtenidos en años de dedicación estudiantil; dispuesto a colaborar desde allá, con mi minúsculo esfuerzo, con la misma sana convicción de siempre, con el mismo entusiasmo de los primeros días al lado de quienes se empeñan en arriar la bandera de la prédica regional para unificar el pensamiento y la nación nacionales en pro de la realización de una Venezuela libre y de los venezolanos.

# EL LEONARDO QUE CONOCÍ

---

No es extraño el dicho conforme al cual quienes ejercen liderazgo político deben mostrarse a las muchedumbres pero no permitir el fácil acceso a sus personas para así mantener cierta aureola de impenetrabilidad significativa de grandeza. La majestad del líder, se suele decir, impone distanciamiento del común para que se lo admire desde lejos y no se le adviertan sus defectos y flaquezas humanas. La actitud del líder, se afirma también, debe excluir el trato humanizado para con la generalidad de las personas que lo solicitan, porque corre el riesgo de cambiar el respeto que debe inspirar por el afecto, y más para mejor obedecen quienes respetan (y temen) que quienes miran con cariño a sus conductores. La amistad del líder no puede prodigarse, termina por sentenciar esta filosofía bastante enraizada en el modo de pensar de unos cuantos.

Las reflexiones que anteceden obedecen a la evolución por contraste, de ese gran líder de la revolución democrática venezolana que fue Leonardo Ruiz Pineda, héroe indiscutible de la lucha cívica por el rescate de la libertad en época difícil para la República y cuya vida promisorio, a manera de holocausto por la causa popular que abrazó sin reservas, se extinguió en un momento aciago del que ahora hacen veintidós años. Porque Leonardo, crecido en el querer de la dignidad nacional por sus hazañas y por sus virtudes, no obstante ser para el momento de su muerte la figura de mayor prestancia entre los conductores de la resistencia interna contra la dictadura, jamás mermó su comportamiento humanizado ni dio señales de transformación obediente al engreimiento por saberse acatado por quienes lo querían y temido por aquellos a quienes combatía. Su grandeza en la lucha parecía servirse de su grandiosidad espiritual, sin que dejara de influir la entereza que lo caracterizaba en la atracción creciente que ejercía sobre quienes con él trataban o de él oían decir. Con mirada melancólica y fácil expresión, su verbo persuasivo hacia prosélitos de quienes no era presumible que siguieran sus indicaciones. Por eso tuvo amigos y sumó colaboradores en

los campos de ubicación más opuestos dentro del espectro político que le tocó vivir.

Llegaba a todo hasta sin proponérselo y era camino abierto para los deseos de escuchar su forma de expresar el pensamiento, a veces mediante el discurrir político fincado en la dura realidad que embargaba al país, y otras plasmando en la frase afortunada la estampa poética de su exquisita existencia espiritual. No podía ser impenetrable quien, por condescendiente, buscaba siempre destacar lo que de positivo podía precisar en los demás.

No porque se creyera perfecto sino por la sencillez de su habitual manera de ser, Leonardo Ruiz Pineda jamás ofreció desde el Olimpo la inaccesibilidad. Solía admitir sin desagrado los argumentos adversos a sus puntos de vista, cuando la objetividad del análisis lo conducía a la rectificación. Era sólido en la fundamentación de las posiciones que adoptaba pero no se creía monopolizador de la razón y la verdad. Tenía cordura de sabio, por lo que de pacientes son los sabios cuando prestan atención a los profanos. Se lo veía gozar al erigirse en espontáneo defensor de las cualidades que hacían respetables a las víctimas de la maledicencia ajena. “Nunca admitió el sacrificio del amigo a cambio del facilitamiento de su ascenso o del aseguramiento de su comodidad. La lealtad era definitoria en su carácter y en las ejecutorias de su desenvolvimiento”. No se lo vio transigir deponiendo la estima por quienes lo hacían depositario de su fe. Sin llegar a la obstinación, tampoco fue hombre de dobleces. Por esas abundantes virtudes, características de su personalidad, no necesitó deshacerse del afecto para asegurarse el respeto garantizador del acatamiento y de la obediencia. Sabía mandar sin maltratar y sin asumir actitudes incontestables. No hacía sentir el peso específico de su autoridad sino que estimulaba y hasta halagaba al compañero que debía cumplir irrestrictamente las órdenes que impartía como jefe que era del movimiento de vanguardia revolucionaria en resistencia interna a la dictadura opresora de la patria. No fue presa de las tentaciones de poder y eso lo robusteció hasta el ánimo de quienes lo presumían de otra textura.

La anécdota conforme a la cual rechazó de plano la proposición de última hora que el ala militar de un movimiento organizado para deponer al dictador de

turno le hizo, ofreciéndole la jefatura del gobierno por constituirse, a condición de que no regresara al país el expresidente Rómulo Betancourt, comunica la idea exacta de su rectitud política y de la nobleza de su proceder en general. Sin inmutarse, ratiocinó su respuesta haciéndole ver al portador del mensaje el contrasentido que significaba reconocer en su persona al potencial Jefe de Estado y comenzar por disminuirle autoridad imponiéndole condiciones contrarias a sus deberes de lealtad para con quien jefaturaba la resistencia a nivel superior. Alzó un poco el tono de voz para puntualizar que su lucha por la reconquista de la libertad, como vía irrenunciable hacia la mesa de la revolución democrática, le imponía el respeto que se merecían los valores indiscutibles de la causa popular. Protestó porque se lo sospechara posible de traición hacia uno de sus mejores y más admirados amigos.

A esos —y mucho más— lo llevó su elevada condición humana, sin pasajes de desdoblamiento y sin pérdida de su admirable integridad.

Conforme a los “Pensamientos” de Franz Grielparzer (y conforme a cualquier manera de pensar, por exigente que resulte ser), Leonardo fue un héroe, porque sacrificó la vida a la grandeza; pero no a la grandeza materializada en el poder y en la fuerza sino a la que realiza los elevados ideales por el bien de la colectividad, de la patria, del pueblo. Un héroe que se hizo mártir al silenciarse su onda vital a consecuencia del asesinato que le sorprendió en plena labor defensiva de la libertad conculcada por la fuerza hecha gobierno. Un héroe que había llegado a motivar la sabiduría popular, de cuyo ingenio muchas versiones salieron atribuyéndole dotes sobrenaturales por haber podido burlar los tantos cercos de los sabuesos encargados de su localización. Un héroe por que corrieron —y corren aún— lágrimas de protesta por la forma brutal como se le segó la vida y por el daño que sufrió la patria al perder con él grandes y bien fundamentadas esperanzas. Un héroe a la medida de la definición de Miguel de Unamuno porque individualizó el alma colectiva de una etapa histórica que le tocó vivir a plenitud; porque sintió intensamente la unificación con el pueblo y personificó sus más elevados sentimientos; porque fue sujeto en la creación del estado de conciencia por cuya causa se repudió y se derrocó al régimen tiránico que le cortó la vida, y porque fue también —y supo serlo— objeto resultante del modo espiritual del pueblo, de

cuya entraña afloró para volver a él indeleblemente bajo el signo de su sangre destinada al riego fructificador del más acendrado patriotismo. Un héroe asistido de valor y coraje, que se mantuvo en constante desafío de la brutalidad con la cual lo perseguían los cancerberos del infierno dictatorial. Un héroe cuyo más alto valor se lo dictaba la razón.

Un héroe que se acostumbró al peligro y llegó valientemente hasta el sitio donde lo aguardaba la muerte. Un héroe que, como hombre, jamás vanidoso y como héroe no se dejó arrastrar por la soberbia.

Fue Leonardo un auténtico cultor del espíritu y de la inteligencia. Por eso fue poeta y nunca lo ocultó por parecerle vergonzante. Tenía admiración por el talento pero no le confiaba la suerte en su totalidad. Creía en la necesidad de formar disciplinadamente para no ser víctima de la información adquirida en forma anárquica. Por eso estimulaba a la juventud, aconsejándole la superación por intermedio del estudio. Tenía vocación pedagógica y al dialogar dictaba enseñanza, sin pretensiones de maestro infalible.

No aceptaba que la política fuese profesión para la que no hace falta estar preparado. La lectura era su mejor diversión. Fue un político amigo de la verdad, sin dejar de ser un hombre amante de la belleza, franco, discreto y probo. Buen hijo, esposo y padre atento a sus obligaciones materiales y morales. Rechazaba las extravagancias. De su sencillez y de su humildad daba fe recientemente un campesino andino al decir que cuando, a raíz del 18 de octubre de 1945, ejerció la presidencia de su Táchira natal, dedicaba los fines de semana a visitar las apartadas aldeas, enseñando a los lugareños el uso del cepillo dental y del dentífrico que les llevaba de obsequio. La misma sencillez y humildad presentes en el desmentido ante su padre por la calumniosa especie que le atribuyó la autoría intelectual del pánico que victimó a varios inocentes criaturas asistentes el Miércoles Santo del 52 a la Basílica de Santa Teresa en Caracas. La misma sencillez y humildad que inspiraron su respuesta de: “No, vale. Estás equivocado. Soy Crespo”, cuando el esbirro que lo reconoció lo alertó diciéndole: “Doctor Ruiz Pineda. Entréguese o se muere”, optando por irse...para siempre, aproximadamente a las 8 de la noche de aquel

fatídico 21 de octubre de 1952, cuando Venezuela perdió uno de sus hijos esclarecidos.

Caracas, 21 de octubre de 1974.

# LEONARDO, MÍSTICO Y CONDUCTOR

---

Con su profundo contenido ético, la democracia, como una religión, ha tenido devotos, apóstoles y mártires.

El recuerdo de Leonardo encuentra en este pensamiento expresión cabal, porque vivió la democracia con mística religiosa y como uno de sus grandes mártires, le ofreció su propia vida, como en esfuerzo sublime por no dejarla perecer. Formado en la disciplina del estudio y cultivado en el ámbito espiritual de las cosas bellas, su ética fue la del hombre para quien la existencia constituye compromiso de lucha por el bienestar de los demás. Consciente de la responsabilidad de los conductores frente a quienes lo hacen depositarios de su fe, y orgulloso de la enaltecida misión que se impuso por tarea desde temprana hora, se dio entero a la causa de su pueblo y cesó de luchar cuando de sus venas escapó la última gota de su sangre joven. Convencido de la razón que lo asistía al militar en las filas del pueblo y consustanciando con su aporte singular para el triunfo de sus aspiraciones, perseveró incansablemente en la sustentación de sus nobles propósitos y avanzó siempre aun frente al escollo que trató de impedirle el alcance de ese triunfo.

No necesitó Leonardo morir para merecer el afecto de sus relacionados. Afectuoso siempre, emanaba de sí el trato fraternal del que vivió rodeado y aún en los momentos comprometedores e inquietantes mantuvo la serenidad y el sosiego que humanamente supo comunicar a los necesitados de su auxilio.

Leonardo fue pensamiento y acción: idealista y realizador; conductor y compañero. Gustó de la enseñanza sin abandonar el aprendizaje. Creyó en la sabiduría ajena y jamás mezquinó la suya. Fue tanto lo que dio en su corta existencia que a veces pareciera que vivió siglos en beneficio de los más.

Como gobernante no supo de la soberbia: como ciudadano cultivó la humildad. Mandó sin perder autoridad, como si todos sus subordinados hubiesen sido discípulos dilectos de su modo de ser. Jamás recurrió al

atropello. Su calidad humana fue una e indeclinable, sin que lo perturbaran las alturas de sus elevadas posiciones.

No necesitó Leonardo morir para merecer el afecto de sus relacionados. Afectuoso siempre, emanaba de sí el trato fraternal del que vivió rodeado y aún en los momentos comprometedores e inquietantes mantuvo la serenidad y el sosiego que humanamente supo comunicar a los necesitados de su auxilio.

Leonardo fue pensamiento y acción: idealista y realizador; conductor y compañero. Gustó de la enseñanza sin abandonar el aprendizaje. Creyó en la sabiduría ajena y jamás mezquinó la suya. Fue tanto lo que dio en su corta existencia que a veces pareciera que vivió siglos en beneficio de los más.

Como gobernante no supo de la soberbia: como ciudadano cultivó la humildad. Mandó sin perder autoridad como si todos sus subordinados hubiesen sido discípulos dilectos de su modo de ser. Jamás recurrió al atropello. Su calidad humana fue una e indeclinable, sin que lo perturbaran las alturas de sus elevadas posiciones.

De fácil decir y mucho expresar, nació con el don del convencimiento y la gracia de la atracción. Conocerlo fue una vía segura para sentirse amigo suyo.

Los devotos de la democracia tuvimos en su templanza la invaluable escuela de los hechos diarios, del consejo oportuno, la discusión esclarecedora, del libro abierto de un hombre sin dobleces.

Su trato igualitario y su original manera de mandar, sin resentir al subalterno, fueron virtudes suyas que le ahorraron levantar la voz y le aseguraron obediencia sin rencor. Presente en él su región andina, fue un venezolano integral, de quien sus amigos de todos los contornos jamás tuvimos qué sentir. Vivió en compañerismo. Fue receptivo, espontáneo y expansivo. No requirió de súplica para dar.

Fue un virtuoso del difícil arte de saber vivir. ¿Por qué murió en hiriente contraste con la bondad que personificó? Porque quiso enseñar a los que viven, cuánto vale el sacrificio por la patria.

*Miradas torvas, pensamientos negros*

*Asalto bruto, disparar feroz*

*Caída eterna, meditar profundo.*

*Muerte sin muerte, para eterna luz.*

Todas, palabras cortas para una expresiva semblanza del mártir LEONARDO RUIZ PINEDA.

Caracas, 22 de octubre de 1968